

# Educación para la vida

En una de sus recientes investigaciones, la rectora de la Universidad Nacional de Lanús —una de las once públicas creadas en los '90 en el conurbano bonaerense— revaloriza el papel docente y estigmatiza la computadora, supeditándola al pensamiento. Por razones de espacio, la U hizo una síntesis del valioso documento

POR ANA MARÍA JARAMILLO\*

La así llamada "sociedad del conocimiento" va de la mano y paralela a la denominada posmodernidad. Esta época sobre la que aún hoy se debate si constituye una realidad o un estado del alma o del ánimo. Esta época signada por la universalización de los medios de comunicación, por la telemática y la informática pero también, como contracara, por la ausencia de metarrelatos o paradigmas que legitimen social y éticamente el quehacer político, científico o cultural y la prefiguración de un mundo mejor.

En esta época, todas las instituciones educativas y sus actores se hacen necesariamente preguntas esenciales que podríamos resumir en las siguientes:

- ¿Qué función cumple el docente en la distribución social del saber?
- ¿Cómo debería ser un docente el mundo de hoy?
- ¿Qué y cómo debe enseñar?
- ¿Para qué mundo estamos formando a los niños y jóvenes?

En la sociedad capitalista, a la apropiación privada de lo que se produce, le es inherente la búsqueda del mayor beneficio privado.

Inversamente, al interior del sistema capitalista, existe una función a la cual le es inherente e indisoluble la distribución social de lo producido: la docencia. El docente entrega en su labor cotidiana todo lo que aprendió y aprendió.

La función docente implica necesariamente la distribución de lo producido cultural y científicamente y de lo apropiado personal y colectivamente por los docentes.

Su función es precisamente la distribución social del saber, de la producción cultural y científica histórica y de su propio saber acumulado.

Su objetivo, por lo tanto, no es la búsqueda del beneficio privado sino, por el contrario, lograr la apropiación social del saber: maximizar la apropiación colectiva de la producción cultural y científica.

El mundo después de la revolución científica tecnológica, sumada a la globalización impuesta por los poderes hegemónicos, nos impone reflexionar sobre la moral social general en el mundo en que vivimos, si efectivamente queremos educar para la vida.

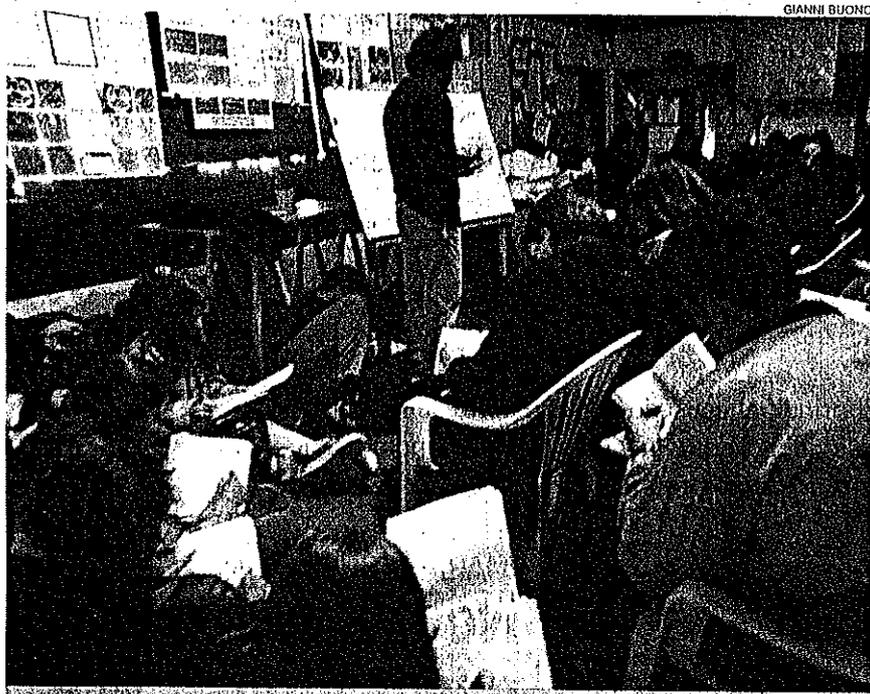
La incertidumbre: la mayoría de nosotros vive en la incertidumbre tanto económica como del futuro en general. Desconocemos qué va a pasar. Los cambios son tan vertiginosos y su vigencia tan fugaz que desconocemos la sustentabilidad o permanencia de cualquier reforma ya sea económica, sociocultural, educativa o tecnológica. La incertidumbre se nos aparece como caótica.

La anomia: el resquebrajamiento de paradigmas productivos en la sociedad contemporánea, así como la radical transformación de la relación entre el estado y la sociedad civil, sumergen a la comunidad toda en un cuestionamiento profun-

do sobre los valores surgidos de una reflexión axiológica pretérita, sin haber construido un nuevo sistema normativo acorde

a los tiempos y al desarrollo científico tecnológico, pero fundamentalmente al nuevo contrato social que se genera a partir de las transformaciones vividas. Esto mismo aparece como una sociedad anómica, carente de sentido y de valores así como del carácter teleológico (dirigido a un fin) que toda sociedad se plantea y que toda conciencia necesita para no caer en la soledad; el fútil egoísmo o la desesperación.

La supremacía de la razón instrumental: la vertiginosidad del desarrollo científico ha instalado la téc-



GIANNI BUONO

EL DESAFÍO PASA POR CÓMO ENSEÑAMOS Y PARA QUÉ

nica como criterio de verdad desconociendo que es el hombre el que impone el sentido, valor, destino y uso de los avances tecnológicos.

La cultura de la imagen: el reemplazo sistemático del pensamiento y el lenguaje discursivo y lógico por la imagen fugaz, superpuesta y fragmentaria desarrollan un pensamiento y un lenguaje pre / post verbal difícilmente comprensible por las generaciones formadas en el lenguaje y el pensamiento verbal y lógico de la construcción narrativa para la reproducción intelectual de la realidad. La comprensión de ambos lenguajes no debe ni puede ser a costa de la defunción de alguno de ellos.

La saturación de información: vivimos en una época donde lo que existe es una acumulación infinita

de información que nos satura y terminamos confundiendo información con conocimiento. Los millones de datos que puede acumular la computadora llegan a ser absolutamente inservibles si no priorizamos, si no valoramos, si no interpretamos el sentido de la misma. Los docentes debemos educar para la vida, debemos transformar la información en conocimiento.

El método del ensayo y el error: la vida es en su conjunto un ensayo. Nadie nace con el manual de instrucciones con que vienen los objetos tecnológicos. La decisión humana poco tiene que ver con los instructivos del uso técnico. Las generaciones anteriores que están al frente del aula aprendieron generalmente con criterios cuasi pe-

caminosos acerca del error. Pocas fueron las escuelas experimentales en nuestro país y menos aún para la formación docente.

Si bien la investigación científica utiliza permanentemente el método de ensayo y error, el docente generalmente reproduce lo que aprendió y conserva aún los pudores y temores para abordar un nuevo conocimiento, un aprendizaje que seguramente conlleva errores. Papá, tocá que no explota, es la imagen reiterada de un padre o una madre frente a la computadora. Tocar todos los teclas o botones sin miedo es ya un gran aprendizaje. Reaprender a aprender es el desafío. Reeducar a los educadores es la tarea.

\*Rectora de la Universidad Nacional de Lanús